

POSDATA: PUNTO Y APARTE

El portazo lo debieron escuchar hasta en Haití. Las paredes de mi habitación retumbaron, claro que yo no me di ni cuenta, además, ¿y a mí qué más me daba? De nuevo la historia de todos los jueves. Te haces ilusiones, te entrevistan y te dicen que no... te haces ilusiones, te entrevistan y te dicen que no... Llevaba así ya años. Desde bien pequeño acostumbrado a estos encuentros, a fingir unos modales que no tenía para dar una falsa buena primera impresión... La vida de un huérfano es dura.

Así es, soy huérfano, llevo sin padres desde que tengo memoria. Me senté al lado de la cama, como todos los jueves después del no y me puse a lanzar mi vieja pelota desgastada de tenis contra la pared. Es mi momento semanal de reflexión, lo llevaba haciendo desde los seis años, cuando “ellos” consideraron que tenía edad para las entrevistas.

Me abandonaron, o eso es lo que me han contado, yo me resigno a creérmelo, porque como ya he dicho no tengo memoria de aquellos tiempos, y en estos casos la incredulidad siempre le deja un minúsculo hueco a la esperanza para que se quede a vivir. Nunca me había fiado de “ellos”. Les dábamos igual, el hecho de tener un orfanato simplemente les otorgaba fama, éramos como un reclamo para que más gente viniera a contribuir con nuestro mantenimiento. Nunca alcancé a comprender cómo con tanto dinero en su poder sólo les daba para comprar los cuatro tristes mendrugos de pan con los que nos alimentaban.

Cómo envidiaba a los niños del colegio de la calle de al lado. Hacían excursiones, disfrutaban yendo a clase por la mañana... y lo más importante, contaban con una familia. Para mí ya no era una necesidad, como está visto había aprendido a sobrevivir sin la ayuda de nadie, pero es algo que siempre había anhelado, igual que el niño que espera una semana antes de navidad el regalo que tardaba todo un año en llegarle, sólo que yo no tenía ni idea de si vendrían los reyes magos.

Pegué a la pared con tanta fuerza que le hice un pequeño agujero a la desgastada madera que cubría la misma, eso me sacó de mis pensamientos. No siempre me habían rechazado, hubo una vez que por azar tal vez (en ningún momento voy a emplear la palabra suerte) a una familia le parecí agraciado y como quien no sabe qué cachorro comprar me eligieron. Era un matrimonio súper extravagante, con la casa más ostentosa que jamás hayan vislumbrado mis ojos. Obviamente yo ahí no encajaba, y no hizo falta decirlo, al ver mis modales a la mesa de la primera semana no tardaron en llamar al orfanato para devolverme, como aquel que cambia la tostadora que se acaba de comprar porque viene defectuosa.

Claro, después de eso, las miradas de compasión y pena por parte de los demás huérfanos son inevitables, al igual que las miradas de reproche de “ellos” tampoco lo eran, me había convertido en la deshonra del orfanato. Tras tapar el hueco de la pared con un crucifijo salí a cenar. Para mi sorpresa (nótese mi sarcasmo) había sopa rancia con un mendrugo de pan para cenar. Me senté sólo en la mesa más apartada que encontré y me dispuse a rumiar el pan en silencio.

Al terminar de cenar y tras la decepción número..., he perdido la cuenta, me dirigí nuevamente a mi habitación. Había desperdiciado la mayor parte de mis quince años de vida entre esas cuatro paredes, y aun así no me despertaban ningún sentimiento. Me metí en la cama, me envolví entre las mantas para mantener al frío lo más alejado posible, y dejé que el sueño se apoderase de mí.

Así pasé la siguiente semana, las soporíferas clases del orfanato se me habían hecho eternas desde siempre. “Ellos” insistían en hacer especial hincapié en asignaturas como lengua, latín, filosofía... Básicamente aquellas que yo detestaba, mientras que dejaban olvidadas las ciencias, como si no nos fuesen a servir en un futuro.

Yo adoraba las ciencias, concretamente la física, además las impartía todas el mismo profesor, el único que había conseguido captar mi atención (claro que la asignatura le acompañaba), sé las pocas personas a las que puedo decir que haya cogido cierto aprecio. Aún a día de hoy recuerdo esas tardes que pasaba con él, cuando me explicaba partes de la materia no

incluidas en el temario, para saciar la curiosidad que en aquel momento, como joven curioso que era, me invadía constantemente. Puedo decir que es el segundo recuerdo más feliz de mi estancia en aquel calvario.

En el aula me sentaba al lado de Juan, la única persona a la que en quince años había sido capaz de calificar como amigo. Había noches que no era capaz de dormir, me las pasaba en vela imaginando una vida mejor. Esas noches me escabullía hasta la habitación de Juan a hurtadillas, le despertaba, pues él no padecía los mismos problemas que yo de insomnio y nos poníamos a conversar.

Recuerdo un día:

-Juan

-Diiiime

-¿Por qué a nosotros?

-¿Por qué qué?

-Que por qué nosotros no tenemos padres y otros sí, es injusto

-Y qué más da eso ahora, lo que deberías pensar es en dormirte que mañana hay clase... Además todo es acostumbrarse.

Juan siempre había adoptado el pasotismo como coraza, así ocultaba al mundo lo que sentía o lo que opinaba de las cosas, supongo que por miedo a lo que pudiesen decir los demás. Se lo ocultaba a todos, pero a mí no me podía engañar, no, yo le conocía bien.

La verdad es que teníamos bastantes cosas en común: gustos, aficiones, sueños... y que él tampoco tenía padres. Desde que le conocí me sentí muy unido a él, entablamos una amistad sustentada en los mismos cimientos y fue la única persona de la que me ha dado pena despedirme.

De nuevo jueves, pero esta vez un jueves diferente, lo presentía, tenía esa corazonada. Me llamaron para hacer la última entrevista del día, pero cuando entré no había nadie aparte del encargado de turno, que me mandó sentar y esperar pacientemente ya que la pareja se retrasaba.

Y así pasaron cinco, diez... y hasta treinta eternos minutos esperando en aquella terrible habitación sin nada para entretenerme salvo mirar como se movían las manecillas del reloj. Cuando nos decidíamos a marchar, una pareja entró atropelladamente por la puerta, casi hiperventilando por la carrera que se acababan de pegar.

Era una pareja aparentemente muy normalita, él vestía un traje formal, que intuí era su uniforme de trabajo, y ella llevaba un vestido la mar de coqueto.

-Lamentamos el retraso,-se disculpó e inmediatamente entró- mi marido se ha entretenido cerrando la oficina.

A pesar de la impuntualidad, estas últimas palabras al parecer bastaron para perdonar su falta y concederles el visto bueno del encargado. Él era contable en las oficinas de una agencia de seguros de un pueblo no muy alejado de la ciudad, y ella, para mi muy grata sorpresa, resultó ser maestra de ciencias. Y parece que la buena impresión fue mutua, tanto él como ella quedaron encantados conmigo, no me lo creía, gestionaron con prontitud poner en marcha la adopción.

Los del orfanato, deseando librarse de mí (sentimiento también recíproco) no tardaron ni dos semanas en arreglar todo el papeleo, semanas que se me hicieron eternas. Y así hasta el día de hoy. Estoy en mi habitación, con la maleta hecha, esperando a que pasen dos horas para que mi nueva familia venga a recogerme. Entonces he aprovechado este rato para escribirte esto.

Y ahora mismo te debes estar preguntando ¿por qué? La respuesta es simple, quería narrarte a ti que ahora ocupas esta habitación, después de quien te escribe, mis experiencias frente a un mundo que yo sé bien puede resultar muy injusto. Espero que te vaya genial, y sinceramente, deseo no conocerte nunca, porque eso implicaría que otra vez ha salido mal, que otra vez me han devuelto, que he regresado a ese maldito sitio en el que estás. Ese es mi mayor miedo ahora mismo, aunque no supera ni de broma la inmensa alegría que siento al ver cada vez más cerca mi inminente salida a un mundo esperanzador, a conocer lo que es el amor paternal y maternal, mi inminente

salida a una nueva vida, a conocer nuevos amigos... Nuevos amigos. Juan, nunca le olvidaré y ojalá le vaya bien, cuida de él por favor, si es que sigue allí cuando estés.

Atte.,

El que vivió y permaneció en esta habitación antes que tú, a fecha del primer día de su nueva vida, 27 de noviembre de 1960.

Posdata: Ah y por si te aburres de leer y releer mis cortas memorias hasta día de hoy, junto a esta carta, también he decidido dejarte en el hueco de detrás del crucifijo, la desgastada pelota que encontré debajo de la cama el primer día que llegué aquí. Es el remedio perfecto contra el estrés, la ansiedad... eso sí, procura no hacer más mellas en la pared o empezarán a sospechar.

Y ahora ya si termino con el deseo de que esto sea un punto y aparte en mi vida.

PSEUDÓNIMO: ABRIL